

PRESENTACIÓN

Para mí la vida es Cristo (Fil. 1, 21)

Jesucristo y la vida en Cristo fue el tema central que ocupó la mente y el corazón de san John Henry Newman (Londres: 21 de febrero de 1801 – 11 de agosto de 1890). Jesús fue, para él, el centro natural de los pensamientos, el polo magnético de los afectos, y la razón última de cada decisión.

Cuando era apenas un muchacho de quince años Newman se había dejado seducir por la fascinación humano divina de la persona de Cristo. Desde ese momento y para siempre el amor a Cristo se convirtió en la fuerza dominante de su vida. Su programa: conocer, amar e imitar a Jesús un poco más cada día.

La pasión por Cristo es la clave para comprender el camino de santidad que recorrió John Henry Newman. Ese era el fuego que le animaba, cuando era estudiante en la Universidad de Oxford, a rechazar las influencias disolventes de un ambiente poco cristiano y a oponerse firmemente a las complicidades del yo egoísta, soberbio, sensual. Durante aquella época se ocupó con todas sus fuerzas en el trabajo sobre sí mismo, para procurar el máximo desarrollo de las distintas dimensiones de su personalidad. Se puso en forma, como diríamos ahora: desarrolló gracias a su esfuerzo aquellas virtudes en las que se manifiesta la plenitud humana del hijo de Dios encarnado. En aquella época adquirió sólidas convicciones y se desarrolló en él una profunda amistad con Jesús, una comunión de voluntades cada vez más fuerte con Él.

Desde joven había hecho suya la opción por una vida célibe, entendida como respuesta de amor al amor que en Cristo se ha manifestado de manera sublime: no existen soledades cuando Él llena el corazón, o como le gustaba pensar a san John Henry: "nunca estamos menos solos que cuando estamos solos".

Fue también la pasión por Cristo la que le movió a buscar maneras más adecuadas de colaborar en la formación cristiana de los jóvenes a él encomendados una vez que fue admitido como tutor del Oriel College. Sabía que la formación ha de consistir en una progresiva transformación en Cristo, razón por la cual se dedicó con todas sus fuerzas a acompañar, orientar, corregir, y poner a disposición de aquellos muchachos los medios humanos y

sobrenaturales que les permitieran desarrollar la vida divina depositada en ellos en germen desde el bautismo. Newman fue, con todo el corazón, un amigo fiel, un ejemplo de virtud, un estímulo, un hermano, un formador de gran talla.

El amor a Cristo, la “luz amable”, le condujo finalmente hacia lugares que jamás hubiese imaginado. Él respondió con honradez y sin regateos a aquella llamada, tantas veces exigente: fue el celo propio de un enamorado el que llevó a Newman a reconocer en los hermanos el rostro de Cristo, y a trabajar con todas sus fuerzas para que la comunidad cristiana llegara a ser tal como Cristo la pensó. Fue en medio de esta búsqueda cuando comprendió que la verdadera Iglesia fundada por Cristo era la Iglesia católica, encomendada a la potestad del apóstol Pedro. Y tal como siempre había hecho, después de un largo y cuidadoso proceso de discernimiento, Newman obedeció el dictado de su conciencia. Como san Pablo consideró todo lo demás como basura, por tal de ganar a Cristo (cf. Fil 3, 8).

Su paso a la Iglesia Católica tendría lugar aquel célebre 9 de octubre de 1845. Para Newman supuso perder no solo a sus amigos, a su familia, su puesto, prestigio, estabilidad económica, sino perderse en cierto sentido a sí mismo. Lo dejaba todo, pero ganaba la comunión con Cristo y esto era suficiente para él.

Su vida posterior estuvo marcada por el mismo celo: al frente del Oratorio de san Felipe Neri –que el mismo Newman fundó en Inglaterra–, como primer rector de la Universidad Católica de Irlanda, como pastor, predicador, servidor de los más pobres, como formador, escritor y, ya en sus últimos años, siendo Cardenal de la Iglesia en la que siempre supo reconocer el rostro de Cristo, también cuando fue objeto por parte de ella de sospechas, incomprensiones y hasta de persecución.

En la vía del seguimiento de Cristo, la vida de Newman consistió, en pocas palabras, en un largo proceso de conversión que fue despertando progresivamente en él la conciencia del contacto continuo con el mundo invisible.

Es la suya una de esas historias fascinantes, que parece casi sacada de una novela, historia de luchas y sueños, de esfuerzos y logros, de fracasos y

aprendizajes, de renunciaciones y conquistas. Historia, en definitiva, de un grande amor, vivo y personal a Jesucristo.

El libro que tienes en tus manos

Muchos fueron los temas que el Cardenal John Henry Newman trató a través de sus escritos. La mayoría de ellos fueron dictados, por así decir, por las exigencias de la época que le tocó vivir. En casi todos sus libros desarrolla magistralmente algún tema propio de su tiempo pero se anticipa casi proféticamente a los asuntos que ocuparían la atención de las generaciones que habrían de venir después de él. Es por eso que sus escritos gozan hoy de una actualidad, me atrevería a decir, todavía mayor que la que tuvieron en su tiempo. Esta es, como dijo Benedicto XVI, la característica de todo gran doctor de la Iglesia, y no nos cabe la menor duda de que Newman será algún día reconocido e incluido en la lista de los grandes Doctores de la Iglesia.

Aparte de su extensa producción epistolar y autobiográfica –entre la que sobresale la Apología pro vita sua, una historia del desarrollo de sus ideas religiosas–, de su pluma surgieron muchos escritos que defienden el carácter razonable de la fe religiosa: el acto de fe es para Newman el más conforme a la naturaleza de la razón humana, ya que lo más importante de la vida, aquello de lo que depende el sentido pleno y apaciguador de la existencia, no puede ser sometido al mismo tipo de demostraciones de las que son objeto, por ejemplo, las ciencias experimentales, la lógica y las matemáticas. Defendía él una concepción amplia de la inteligencia humana y sus caminos para hacerse de la verdad, correlativo a la amplitud de la realidad misma: así como el mundo está compuesta de muchos ámbitos distintos, así la inteligencia humana tiene caminos distintos para acceder a ella. El asentimiento propio de la fe puede gozar de una certeza absoluta, la cual se basa además de la confianza, en las probabilidades antecedentes y en la convergencia de probabilidades. Gracias al sentido ilativo, unas conclusiones independientes respecto a otras que convergen hacia un mismo punto, adquiere una fuerza suficiente para justificar el asentimiento. Estas son, si se puede decir así, el tipo de pruebas propias de la fe.

Otros muchos escritos, tanto de su periodo anglicano como del periodo católico, tienen por tema la naturaleza y misión de la Iglesia. Fue mientras

redactaba el tratado sobre el desarrollo de la comprensión de la doctrina, cuando tuvo lugar su conversión al catolicismo. Antes había desarrollado su eclesiología anglicana en el tratado sobre la vía media. También desarrolló ampliamente su pensamiento sobre la función profética y sacramental de la Iglesia. Muy importante y controvertido fue en su momento aquel artículo publicado en el Rambler "sobre la consulta a los fieles laicos en materia de doctrina". Celebres son también sus escritos sobre la justificación, lo mismo que los tratados históricos con los que contribuyó a dar a conocer la antigüedad cristiana, que tanta importancia había tenido en la evolución de sus convicciones religiosas.

Muchos de sus libros del periodo católico obedecieron al deseo de dar a conocer un poco mejor cómo se entendía a sí misma la Iglesia católica y también algunas de sus enseñanzas sobre todo en relación con aquellos temas que eran objeto de crítica por parte de los anglicanos, son estos propiamente escritos de controversia con los que Newman quiere prestar un servicio a las personas que estaban considerando la comunión con la Iglesia de Roma o que habían dado ese paso recientemente. Podemos considerar un par de ejemplos: el pequeño tratado sobre la devoción que profesamos los católicos a la Bienaventurada Virgen María, en la Carta al Doctor Pussey con ocasión de su Eirenicon y la carta al Duque de Norfolk, en la que expone magistralmente cómo se entiende entre católicos el primado de la conciencia y cuál es la relación entre ésta y la autoridad.

No se pueden dejar de mencionar los escritos, que entre tanto se han convertido en clásicos, que Newman dedicara al tema de la educación. Como tampoco hay que omitir la larga lista de sermones con los que, como anglicano o como católico, nutrió la fe y la práctica cristiana de las personas a él encomendadas. También nos regaló algunas novelas: "Perder y ganar", "Calixta", se impone también hacer mención de aquella larga meditación sobre la muerte, en forma de poesía, publicada con el título de "El sueño de un anciano" –Geroncio–.

(...)

CONTENIDO

Presentación	7
Indicaciones generales:	19
Primera estación: Jesús es condenado a muerte	21
Segunda estación: Jesús recibe su cruz	23
Tercera estación: Jesús cae por primera vez bajo la cruz	25
Cuarta estación: Jesús encuentra a su madre	27
Quinta estación: Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz	29
Sexta estación: Jesús y verónica	31
Séptima estación: Jesús cae una segunda vez	33
Octava estación: Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén	35
Novena estación: de nuevo, por tercera vez, Jesús cae	37
Décima estación: desnudan a Jesús y le dan a beber hiel	41
Undécima estación: Jesús es clavado en la cruz	43
Decimosegunda estación: Jesús muere en la cruz.	45
Decimotercera estación: Jesús es bajado de la cruz y colocado en brazos de su madre	47
Decimocuarta estación: Jesús es depositado en el sepulcro	49
Oración	51
Breves meditaciones sobre las estaciones de la cruz	53
Normas para ganar indulgencias	65
Créditos de las imágenes	67
Contenido	69